

AUTORITARISMO Y CREACION LITERARIA EN EL RIO DE LA PLATA: HORACIO QUIROGA

Por Mbaré Ngom

Aunque el título haga mención del Río de la Plata en general, nuestro trabajo, por razones de espacio, estará enfocado solamente en la sociedad argentina cuya evolución socio-política es, a nuestro modesto entender, la que más llama la atención con la mirada puesta en el tema que nos ocupa. En otro orden de ideas, la historia de Argentina ha estado estrechamente unida a la del Uruguay tanto por razones de vecindad geográfica como por intereses políticos y económicos. En consecuencia, y salvando siempre las distancias, podemos afirmar que la evolución socio-política de los dos países ha seguido más o menos por los mismos derroteros. Horacio Quiroga, el autor que nos va a servir de referencia entre otros autores, aunque nacido en el Uruguay, publica lo más destacado de su creación literaria en la Argentina.

Nuestro estudio abarca desde principios de este siglo hasta finales de los años 30, período que contempla con mayor agudeza la génesis, subida y más tarde consolidación de lo que se conformó como un régimen totalitario neofascista en la Argentina. Además, veremos, aunque brevemente, si durante el período que nos interesa, llega a conformarse una producción cultural fascista frente a otra, denominada del silencio¹.

1. *El contexto socio-histórico*

La Argentina moderna nace después de la batalla de Caseros que supuso la caída del dictador Juan Manuel de Rosas pasado el ecuador del siglo XIX. La primera gran tarea con la que tenían que enfrentarse los dirigentes de la época era la modernización del país por medio del fomento de la inmigración y de la inversión de capital extranjero². Así empezaba lo que el historiador argentino José Luis Romero ha llamado la «Era aluvial» cuya conformación provocó profundos cambios socio-políticos, económicos y culturales³. Entre 1869 y 1895, el país dobla el número de sus habitantes, de los cuales más de la mitad son extranjeros⁴. El crecimiento de la población

¹ Utilizamos la expresión «literatura del silencio» en el sentido que le da Juan Ignacio Ferreras.

² Rock, David: *Politics in Argentina 1890-1930*, Cambridge University Press, 1975, pp. 1-24.

³ Romero, José Luis: *Las ideas políticas en Argentina*, Bs As, F.C.E., 1975, pp. 167-293.

⁴ Cf. Oddone, Juan A.: *La emigración europea en el Río de la Plata*, Montevideo, Edics. de la Banda Oriental, 1966.

cambia asimismo la configuración de la estructura social. Nacen una clase media urbana y un proletariado tanto rural como urbano. Ello tiene una influencia considerable en la vida económica y política.

Los inmigrantes crearon una estructura económica en la que predominaban ellos⁵. Ocuparon toda una franja de actividades que los burgueses criollos desdeñaban, tales como las profesiones liberales, el funcionariado estatal, y sobre todo, y lo más importante, conformaron la cúpula de mando de las Fuerzas Armadas. En pocos años, no sólo construyen un espacio político, económico y cultural propio, sino que se convierten en una clase vital.

Paralelamente, y debido a la necesidad de supervivencia, la antigua oligarquía terrateniente o por lo menos algunos de sus sectores, se convirtió en oligarquía capitalista aliada y representante del capitalismo internacional⁶. La presencia de estos nuevos estratos sociales en el espacio político y cultural representa un golpe mortal para la oligarquía que veía su hegemonía no sólo recortada, sino también amenazada⁷.

Conscientes de su fuerza, los nuevos estratos sociales y sobre todo las clases medias, empiezan a cuestionar el orden establecido, es decir, la hegemonía política y social de la oligarquía. Reclaman una redistribución del poder y su participación en él a través de la Unión Cívica Radical, el partido que aglutinaba a todos los segmentos sociales excluidos del poder⁸. Estos recortes en el espacio político y cultural oligárquico provocan lo que Peter Smith ha calificado de «crisis de participación»⁹. Dicha crisis se traduce entre 1899 y 1909 en la agravación de las tensiones sociales con consecuencias a veces trágicas¹⁰. Con miras a garantizar la estabilidad política, y de paso, retener un poder que consideraban suyo por derecho natural, las fuerzas oligárquicas conservadoras se avienen a hacer algunas concesiones. En 1912, bajo la presidencia de Roque Sáenz Peña, se establece el sufragio universal y el voto secreto y obligatorio, democratizando así la vida política. Esta ley supuso el desbancamiento de la oligarquía a manos de los radicales en 1916, con la subida al poder de Hipólito Yrigoyen. Las nuevas clases sociales se adueñaban, de esta manera, de la realidad política. Dicho de otro modo, las masas invaden y asumen las funciones de las élites.

Entre 1916 y 1930, el radicalismo gana tres veces las elecciones. Pero el autoritarismo con el que Yrigoyen dirige, tanto el partido como los asuntos del estado, desata una crisis en el seno del radicalismo en 1924, con la división del partido en dos tendencias que luchan cada una para hacerse con el poder¹¹. Esta sucesión de crisis que Peter Smith llama «crisis acumulati-

⁵ Rock, D.: *op. cit.*, pp. 18-24.

⁶ Romero, J.L.: *op. cit.*, pp. 184-188.

⁷ Romero, J.L.: *ibidem*, pp. 205 y ss.

⁸ Rock, D.: *ibid.*, pp. 41-52.

⁹ Smith, Peter: *Argentina and the failure of democracy*, Madison, University of Wisconsin Press, 1973, p. 89.

¹⁰ Rock, D.: *ibid.*, pp. 41-52.

¹¹ El radicalismo se dividió entre *Personalistas* (seguidores de Yrigoyen) y *Anti-personalistas* (partidarios de M.T. Alvear). Sobre este tema ver:

Goldert, M.: *Democracy, Militarism, and Nationalism in Argentina. 1930-1966*, Texas, University at Austin, 1972, pp. 12-13.

va» porque se siguen sin visos de tener solución, provoca una situación de desequilibrio que nace a raíz de la incapacidad del sector oligárquico-conservador en el poder hasta 1916, y de los radicales a partir de esta fecha, para imponer la estabilidad socio-política, y por ende, su hegemonía. Si durante el Unicato, la oligarquía daba impresión de unidad y de cohesión en tanto en cuanto no había oposición política organizada y permitida, las elecciones de 1916 demostraron lo contrario. Al no poder o no ser capaz de aglutinarse en torno a un proyecto de gobierno en el seno de un partido político fuerte, la oligarquía o lo que queda de ella desaparece de la arena política y se dedica a conspirar contra el gobierno, o a desestabilizar otros partidos políticos (Radical, Socialista), o a buscar alianzas contra natura con vistas a volver al poder o al menos a mantener sus privilegios¹². En este sentido, Sergio Vilar destaca:

«(...) la habilidad que muestran las burguesías al utilizar a otras clases sociales para la defensa de los intereses del Gran Capital; esto es, cómo utilizan a la pequeña burguesía para alienar al proletariado poniéndolo al servicio del capital financiero»¹³.

Así nace el «Conturbenio», alianza entre conservadores y disidentes radicales y socialistas, cuya actuación contribuye a agudizar más aún la crisis así como la situación de desequilibrio y de vacío de poder.

La segunda elección de Yrigoyen a la presidencia en 1928, es el detonante de una situación ya de por sí insostenible. A ello se suma la crisis económica mundial de 1929, cuyos terribles efectos empiezan a hacerse notar en Argentina a partir de 1930¹⁴.

En este contexto de crisis estructural global, y por tanto, de hegemonía social debido a la carencia de mensaje o de representatividad de los actores sociales, las Fuerzas Armadas irrumpen e interrumpen la legalidad constitucional con la intención de imponer su hegemonía ideológica¹⁵. A este respecto Nicos Poulantzas observa:

«(...) la crisis ideológica y política lleva a la clase o fracción de hegemonía a perder sus nexos con sus representantes políticos como ideológicos. Este es el momento en que la ideología interna de los aparatos del Estado se encuentran con la ideología dominante en formación. Los portavoces ideológicos de la clase o fracción hegemónica se identifican con la ideología interna de los aparatos [estatales] excluyendo [a los porta-

¹² Alentaron la división en el seno del radicalismo; apoyaron el cisma de los llamados *libertinos*, en el seno del partido socialista. A consecuencia de ello, nace el Partido Socialista Independiente.

¹³ Vilar, Sergio: *Fascismo y Militarismo*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 105.

¹⁴ Sobre la crisis de 1930 en Argentina, ver: Romero, J.L. *op. cit.*

¹⁵ Utilizamos aquí el concepto de *Hegemonía social* en el sentido que le da A. Gramsci, retomado por Hernán Vidal. Según Vidal, «la hegemonía social se plasma en la medida en que los proyectos político-económicos de una clase social tengan la capacidad objetiva de trascender de los estrechos límites de sus propios intereses corporativos como para convocar a otros sectores y clases tras la consecución de sus proyectos, permitiéndole el control y modificación de las instituciones del Estado como para servir de aparato centralizador de las gestiones necesarias para implementar esos proyectos globales». pp. 9-10.

voces] de otras ideologías. Al mismo tiempo, los aparatos del Estado en general, son sujetos a esta ideología dominante, la cual en sí misma es aquella de la rama dominante o aparato del Estado»¹⁶.

En los años posteriores a la primera guerra mundial, cuando el fascismo llega al poder en Italia y el nazismo se encuentra en fase de estructuración en Alemania, empiezan a manifestarse en América Latina, nuevas actitudes ideológicas indicadoras del eco que el fascismo tenía aquí. Minoritarios al principio, sus difusores son intelectuales, escritores, profesores y periodistas que reclutan a sus seguidores en los ambientes universitarios. Tanto los propagadores del nuevo pensamiento político como sus seguidores provienen de las oligarquías tradicionales que no aceptaban su alejamiento del poder, así como de algunos núcleos de las clases medias¹⁷.

En Argentina, además de estos círculos restringidos, el fascismo tiene un gran impacto entre los oficiales del Ejército.

Refiriéndose a la génesis del fascismo en Argentina, Ernesto Palacio observa:

«Aunque fuertemente influida por el ejemplo del fascismo, entonces triunfante en Italia, y en ascenso en Alemania, y por los doctrinarios de la *Acción Francesa*, dicha tendencia que empieza a llamarse *nacionalismo* invocaba la vuelta a la tradición nacional para encontrar los remedios que el país necesitaba urgentemente»¹⁸.

En esta misma dirección se expresa Carlos Iburguren:

«En Francia, cuya cultura y mentalidad ejercía poderosa influencia entre nosotros, la pérdida del gran político y nacionalista Maurras y de la *Acción Francesa* (...) provocaba revuelo en estos momentos (...). Ejercían influencia también las ideas difundidas por Mussolini, y si bien repudiábanse las dictaduras, sosteníase la necesidad de gobiernos fuertes que mantuvieran enérgicamente el orden social, las jerarquías y la disciplina para evitar la amenaza del comunismo soviético»¹⁹.

Es un movimiento elitista que David Viñas llama *fascismo aristocratizante* o *señoritismo fascista* ya que nace y se desarrolla entre grupos minoritarios pero muy activos que se consideraban investidos de la misión suprema de llevar el país a la grandeza retornando a las fuentes nacionales²⁰.

¹⁶ Poulantzas, Nicos: *Fascism and Dictatorship*, London, Verso Editions, 1979, pp. 10-13.

¹⁷ Viñas, David: *¿Qué es el fascismo en Latinoamérica?*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977, pp. 10-13.

— Sobre este tema, Goldwert apunta que el nacionalismo-fascistizante, «atraía principalmente a cuatro componentes de la sociedad argentina: los intelectuales desilusionados; los niños bien (hijos de oligarcas terratenientes provinciales con problemas financieros); disidentes de los sectores conservadores de la oligarquía que querían que el elitismo fuera legalizado por la fuerza; y miembros de las FF.AA., sobre todo los oficiales jóvenes». p. 17.

¹⁸ Palacios, Ernesto: *Historia de Argentina. 1515-1976*, Bs. As., Abeledo-Perrot, 1984, p. 653.

¹⁹ Iburguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Bs. As., Peuser, 1955, pp. 386-387.

²⁰ Iburguren, C.: *op. cit.*, pp. 464-465.

Carlos Iburguren uno de los ideólogos del nuevo pensamiento, al tiempo que rechaza cualquier afiliación al nazismo o al fascismo que considera foráneos y antidemocráticos, lo define como sigue:

«El nacionalismo quiere la transformación del Estado y procura el predominio del interés nacional sobre el del individuo de la sociedad; anhela que en vez de las entidades oligárquicas o demagógicas llamadas partidos políticos que no representan genuinamente los valores nacionales y que se apoderan del Estado por intermedio del sufragio universal ciego e irresponsable, sean las fuerzas activas de la producción y del trabajo y las instituciones culturales organizadas como representantes de las diversas clases y sectores de la sociedad, las que lo dirijan. La democracia individualista que engendra la anarquía en el gobierno de las naciones debe ser sustituida por la democracia social o funcional»²¹.

En efecto, no se puede definir este pensamiento como fascista sin más. Primero, porque Argentina es un país periférico y dependiente; y segundo, se debe tener en cuenta por un lado, su peculiaridad como parte del conjunto latinoamericano, y su lugar dentro de dicho espacio por el otro. Y partiendo de esta premisa, se puede intentar ubicar este pensamiento o movimiento pero evitando cualquier traslación automática de los modelos fascistas europeos.

Lo que se denominó fascismo en la Argentina en la época que nos interesa es, pues, un pensamiento que parte de una tentativa de rescate de los elementos definitorios de la nacionalidad. La argentinidad como visión del mundo reposa, en este sentido, en la recuperación aristocrática, exaltación y mitologización de algunas fases de la Historia Nacional al tiempo que se rechaza al inmigrante. En esta línea de acción, se recupera y reinterpreta la figura y época del caudillo Juan Manuel de Rosas. Del rosismo se retienen la xenofobia, el antidemocratismo, el desprecio por la libertad de pensamiento, y por ende, de expresión e intelectual entre otras cosas. El nuevo pensamiento no cabe duda, se inspira también en los modelos extranjeros (léase fascismo europeo en general) de los que retiene entre otros elementos, la militarización de la sociedad, el anticomunismo, la eliminación de la lucha de clases, la supresión de la contienda electoral, y por tanto, del diálogo sociopolítico y la implantación del corporativismo. En definitiva, su objetivo es la imposición de un proyecto ideológico contrario a la convivencia democrática. Ahora bien, debemos tener en cuenta que para los nacionalistas el fascismo, como tal, más que una ideología, es un referente cultural europeo y por lo tanto, extranjero. Y la teoría de la argentinidad rechaza lo extranjero en general, por considerarlo contrario a la tradición nacional²². Por eso, pensadores e intelectuales como Leopoldo Lugones, preconizaban ahondar en lo que él denominaba «lo argentino» para dar singularidad a la argentinidad. Lugones iría incluso más lejos que muchos de sus colegas en esa búsqueda, lle-

²¹ Iburguren: *ibid.*, p. 465.

²² Refiriéndose al nacionalismo, L. Snyder escribe: «El nacionalismo rechaza la simpatía y la cooperación con otras naciones, promovía el jingoismo, el militarismo y el imperialismo y se oponía a todas las libertades cuando interferían los objetivos del estado». Citado por Goldwert, p. XVIII.

gando a remontar hasta la antigüedad helena. Es, en suma, una adaptación moderna del caudillismo decimonónico en un estado de corte autoritario y fuertemente militarizado lo que proponen²³.

Es obvio que encontramos aquí, algunos rasgos definitorios del fascismo clásico llámese socialismo-nacional como en Italia o nacional-socialismo como en Alemania. Pero eso no es óbice para que caigamos en la catalogación mimética y lo llamemos fascismo sin más, lo cual sería colocarlo fuera de contexto. Por todo ello, hemos optado por la denominación de nacionalismo-fascistizante como fase inicial del militarismo fascista que se daría primero en 1930 y definitivamente a partir de 1943.

Como en Italia, luego en Alemania y más tarde en España, hacen su aparición las bandas paramilitares cuyo objetivo es la acción directa y si cabe, la desestabilización de la convivencia social²⁴. Desde principios de este siglo y a lo largo de los años 30, van saliendo a la luz agrupaciones con nombres tan simbólicos como *Liga Republicana*, *Legión Cívica*, *Legión de Mayo*, *Alianza Libertadora Nacionalista*, *Acción Nacionalista Argentina*, *Guardia Argentina*, *Legión Colegio Militar*, *Milicia Cívica Nacionalista* y *Liga Patriótica* dirigidas en ciertos casos, por intelectuales como el poeta Leopoldo Lugones que fundó la *Guardia Argentina* en 1931, o el escritor Juan P. Ramos e incluso por militares en el servicio activo como el caso del General Juan Bautista Molina²⁵. La Legión Cívica no sólo fue reconocida oficialmente, sino también autorizada a recibir adiestramiento militar en dependencias del ejército²⁶. Estos grupos tuvieron una participación muy activa tanto en la preparación como la ejecución de los golpes de 1930 y 1943²⁷.

La trama civil del golpe de 1930 no escatimó esfuerzos en su campaña proselitista. Sus miembros aprovecharon todos los foros para difundir su mensaje²⁸. El objetivo era minar las bases del sistema liberal-democrático, derribarlo y regenerar la cultura nacional. Abogaban por un gobierno fuerte impuesto no por la voluntad popular, sino por la fuerza en una Patria Grande y Fuerte. Es en este contexto en el que se enmarca la acción de Leopoldo Lugones el cual, haciéndose portavoz de la minoría ilustrada afirmaba:

«El poder ejecutivo y la administración general corresponderían al Ejército (...). La administración militar es muy superior a la civil (...). El Ejército (...).»

²³ Goldwert: p. XVIII. Pensadores como Ricardo Rojas, por ejemplo, proponían el retorno a la hispanidad.

²⁴ Rosa, José María: *Historia argentina: orígenes de la Argentina contemporánea*, Bs. As., Edit. Oriente, 1980, pp. 103-107.

²⁵ Algunos grupos como la *Liga Patriótica*, además de organizar conferencias de adoctrinamiento, participaron en la represión sangrienta que tuvo lugar durante los acontecimientos de la *Semana trágica* en 1919. Cf. Goldwert, pp. 18-19.

²⁶ Potash, Robert: *The Army and Politics in Argentina. 1928-1945, Yrigoyen to Perón*, Standford University Press, 1979, pp. 67-68.

²⁷ Ibarguren, C.: *op. cit.*, 388.

«La Liga Republicana, escribe C. Ibarguren (...), fue una fuerza inteligente de acción que sirvió con eficacia al General Uriburu, mientras éste preparaba el movimiento militar para encender ardorosamente el clima revolucionario, junto con otra entidad, la Legión de Mayo, dirigido a idéntico fin». p. 388.

²⁸ Ibarguren, C.: *ibid.*, pp. 387-399.

cito representa de suyo a la Nación con sus treinta mil ciudadanos elegidos, o sea, la flor de la juventud (...)»²⁹.

La Patria Fuerte por la que aboga Lugones se reduce a fin de cuentas al binomio sarmientiano civilización-barbarie. En ella, no cabe el «mayoritarismo bárbaro» favorecido por el sufragio universal resultado de la «degeneración democrática»³⁰. Existe una simbiosis entre lo político y lo racial ya que para Lugones y los aristo-fascistas, las masas migratorias «corrompen todo el cuerpo social», y «rompen la unidad biológica de la sociedad». Para ellos, los inmigrantes son como una plaga. En este sentido, el desenterrado binomio civilización-barbarie deriva hacia el racismo y la xenofobia tan característicos del fascismo en general³¹. En última instancia, la dirección de la patria corresponde a «esa última aristocracia que es el Ejército (...) vida superior, que es belleza, esperanza y fuerza», en oposición a la «chusma de la urna» que son «feos», «ineptos» y «haraganes» y por lo tanto, bárbaros³². El proselitismo de Lugones alcanza uno de sus puntos álgidos con su discurso de Lima en 1924, con motivo de la celebración del Centenario de Ayacucho. Lugones que representaba al gobierno argentino pide ante aquella audiencia internacional la intervención del Ejército en la vida política argentina:

«Ha sonado otra vez para bien del mundo, la hora de la espada»³³.

Los aristo-fascistas no buscan en ningún momento sentar su proyecto en una base popular, sino en la fuerza militar. Por eso, su mensaje tiene al Ejército como primer y único destinatario. Como observa Marcos Merchensky:

«Para los militares se escribía y se pensaba, buscando en sus filas el caudillo que diera al país el gobierno fuerte que éste, a juicio de tales ideólogos, necesitaba»³⁴.

Mientras tanto, las Fuerzas Armadas se hicieron fuertes gracias al plan de modernización en el que se embarcaron después de Caseros. Por una parte, el desarrollo de una poderosa infraestructura industrial militar, las convierte en uno de los primeros grupos industriales de la nación, y por la otra, la carrera militar se profesionaliza³⁵. En esta misma línea de acción se inscribe la fundación de los centros de enseñanza y formación militar como el

²⁹ Lugones, Leopoldo: *La Grande Argentina*, Bs. As., Babel, 1930, p. 211.

³⁰ Lugones, L.: *op. cit.*, pp. 222-223.

³¹ En una conferencia, pronunciada el 6 de Septiembre de 1923, Lugones decía: «El pueblo como entidad electoral no me interesa lo más mínimo. Nunca le he pedido nada, nunca se lo he de pedir, y yo soy un incrédulo de la soberanía mayoritaria (...). Me causa repulsivo frío la clientela de la urna y del comité».

³² Lugones citado por J.M. Rosa: *op. cit.*, p. 81.

³³ Cabe recordar que Lugones (como Quiroga), fue un gran admirador del poeta italiano Gabriele D'Annunzio, uno de los máximos representantes del llamado *Nacional-poetismo*. Con motivo de la victoriosa campaña del ejército italiano en Africa, D'Annunzio pudo escribir en *Canzone d'Oltremare* (1911): «El paraíso está a la sombra de las espadas».

³⁴ Merchensky, M.: *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*, Bs. As., edics. Concordia, 1961, p. 165.

³⁵ Vilar, S.: *op. cit.*, pp. 181-182.

Colegio Militar en 1870; la *Escuela Naval* en 1872; y en 1900, la *Escuela Superior de Guerra* cuyo director y cuerpo profesoral son de nacionalidad alemana³⁶. Entre 1900 y 1940, la formación militar y nos atreveríamos a decir hasta ideológica, corre a cargo de Alemania³⁷. Tanto es así que hacia 1930, casi toda la cúpula de mando de las Fuerzas Armadas había recibido un adiestramiento castrense en la más pura tradición germana, es decir, con un espíritu autoritario de tipo prusiano³⁸.

A la vista de lo que precede, no cabe duda que la presencia de personal docente militar alemán, en puntos tan sensibles como son los centros de formación de los futuros mandos del Ejército de la nación, contribuyó mucho, entre otras circunstancias, a difundir e implantar la ideología fascista entre la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas argentinas.

Es, pues, un Ejército moderno, profesional, con un gran poder económico y fuertemente imbuido de ideas autoritarias (fascistizantes), por lo menos en algunos de sus núcleos, el que reduce a añicos el diálogo socio-político en 1930, e intenta militarizar las estructuras del Estado.

El general José Félix Uriburu, cabeza visible del golpe de 1930, no tenía un proyecto ideológico muy coherente. Admiraba la jerarquía, el orden, la disciplina y el autoritarismo germanos; a Primo de Rivera y a Mussolini a quien pretendía emular a orillas del Plata. Asimismo, sus contactos frecuentes con Juan E. Carulla y sobre todo con Leopoldo Lugones, le habían convencido de que el diálogo democrático llevaba al comunismo y que sólo un gobierno militar fuerte podía solucionar los males de la Nación³⁹. Instilado de estas ideas, el general Uriburu declaraba:

«Mi plan es hacer una revolución verdadera que cambie muchos aspectos de nuestro régimen institucional, modifique la Constitución y evite se repita el imperio de la demagogia que hoy nos desquicia. No haré un motín en beneficio de los políticos para cambiar hombres en el gobierno, sino un levantamiento trascendental y constructivo con prescindencia de los partidos»⁴⁰.

En este sentido, la revolución de 1930 perseguía la refundación de la cultura nacional⁴¹, es decir, la invalidación del proyecto de hegemonía socio-político nacido a raíz de la ley Sáenz Peña, revocando los mecanismos democrático-parlamentarios burgueses y las instituciones mediadoras entre la sociedad civil y el estado.

La reorganización que conlleva dicho proceso tiene:

³⁶ Potash, R.: *op. cit.*, pp. 1-3.

³⁷ Sobre la influencia alemana, ver:

— Potash, R.: pp. 117-119.

— Goldwert, M.: pp. 59-67.

³⁸ Potash, pp. 4-5.

³⁹ Palacio, E.: *op. cit.*, pp. 652-655.

⁴⁰ Citado por Ibarguren, C., p. 384.

⁴¹ Vidal, H.: «Hacia un modelo de la sensibilidad social literaturizable bajo el fascismo», in: *Fascismo y experiencia literaria*, Minneapolis, Minnesota, 1985, pp. 13-14.

«(...) repercusiones cataclísmicas que abarcan la totalidad de los términos de la cultura nacional: a partir de la macronecesidad fascista de reorientar la conciencia colectiva, se inicia una cadena de transformaciones que, en orden descendente y luego ascende, inciden en una drástica remitologización del significado de la historia anterior»⁴².

En tal espacio social regido por nuevos valores y una visión del mundo diferente, sus miembros deben readaptar los suyos con el fin:

«(...) de integrarse a los nuevos términos en que se desarrollarán los procesos de la cultura nacional bajo el fascismo, bien sea en apoyo (activo o pasivo), oposición o resistencia. Es esta larga serie de reacciones en cadena la que da a la cotidianidad bajo el fascismo su característico aspecto de dislocación, mutilación y fragmentación...»⁴³.

El proyecto de reorganización nacional bajo los auspicios del gobierno provisional dura hasta 1932, y contempla el desmantelamiento de las estructuras del parlamentarismo, que lleva parejo la neutralización de la actividad política como paso previo a la despolitización de la sociedad⁴⁴.

Pese a todo ello, este primer asalto del fascismo al poder fracasa⁴⁵. El general Uriburu y sus seguidores hicieron una lectura falsa de sus apoyos. Fuera de algunos sectores, carecían de base social popular. Su incoherencia ideológica, unida a su falta de proyecto político-económico a largo plazo, les llevó a implantar sin ninguna clase de matiz, un régimen que querían que fuera una réplica del italiano sin tener en cuenta la especificidad de la realidad argentina y su carácter periférico, es decir, dependiente. Uriburu creía además que con organización, poder y fuerza se podía levantar un nuevo proyecto de sociedad sin la participación efectiva de los ciudadanos. Por último, faltaba un líder y un gran partido nacionalista que aglutinara a todas estas fuerzas⁴⁶.

En definitiva, la revolución de 1930 venía a restablecer un equilibrio y provocó un desequilibrio más agudo aún. Por lo tanto, la crisis acumulativa seguía y en consecuencia, la de hegemonía social y política. La elección fraudulenta del general Justo a la presidencia en 1932 inauguró la etapa de la *democracia fraudulenta* o de *fraude patriótico* más conocida como la *década infame* (1932-1943)⁴⁷. Se instalaron el fraude y la invalidación *de facto* aunque no *de jure*, de los mecanismos democrático-parlamentarios burgueses y la oligarquía se adueñó de nuevo de la realidad política y económica. El *pacto Roca-Runciman* de 1933, renovado en 1935, es una clara muestra de ello. Dicho acuerdo fue en realidad una renegociación de la dependencia económica argentina. Era un plan económico diseñado exclusivamente para los

⁴² Vidal, H.: *ibid.*, pp. 14-15.

⁴³ Vidal, H.: *ibid.*, p. 14.

⁴⁴ Rosa, J.M.: *ibid.*, pp. 202-203.

⁴⁵ Goldwert, pp. 38-39. Potash, pp. 58-59.

⁴⁶ Ibarguren, p. 463.

⁴⁷ Expresión acuñada por el periodista argentino José Luis Torres. Sobre la *Década infame*, ver:

— Romero, J.L.: *op. cit.*, pp. 234-244.

— Goldwert, M.: *op. cit.*, pp. 67-74.

intereses de la oligarquía y del capitalismo británico en detrimento de los de Argentina⁴⁸. A este respecto, César Fernández Moreno dice:

«La oligarquía terrateniente que había precedido al peronismo fue un grupo reducido y educado. Confundía el provecho de la nación con el de su clase»⁴⁹.

El gobierno del general Justo tampoco gozaba de base popular. Eso le llevó a apoyarse en la represión, la intimidación y en las medidas de fuerza⁵⁰. Su línea de acción tenía tintes fascizantes. De cara al pueblo, procuró siempre distanciarse de la línea Uriburu favoreciendo incluso la vuelta de los políticos profesionales, es decir, de la «politique politicienne», como diría Leopoldo S. Senghor.

Si en 1930, el país estaba sumido en una crisis global (política, económica y social), la de finales de los años 30, es sólo política. Y la crisis política como observa Nicos Poulantzas:

«(...) es una demostración de inestabilidad de hegemonía y de cambio en la relación de fuerzas dentro del bloque del poder»⁵¹.

Eso llevó a todos los sectores sociales (menos a la oligarquía), incluso a núcleos del ejército, a poner en tela de juicio el proyecto de sociedad impuesto más que propuesto por el general Justo. Así lo demuestran los conatos de rebelión civil y militar que tuvieron lugar entre 1932 y 1943⁵². Por otra parte, no había alternativa al poder debido a la profunda crisis estructural en la que estaban sumidos los partidos de la oposición (radicalismo, socialismo y comunismo), y a la falta de convocatoria de los sindicatos. Se daba de nuevo, y salvando siempre las distancias, la misma situación de crisis de hegemonía social que en 1930. En este sentido, con la mirada puesta en la evolución posterior, podemos destacar el carácter cíclico de las crisis hegemónicas y de las intervenciones armadas en la vida política argentina desde 1930. En este mismo orden de ideas, las FF.AA. se convierten en un aspirante más al poder (si es que no lo detentan ya), conformándose en lo que se conoce como el *Partido Militar*. Buscan estar más involucradas en la evolución y desarrollo de la vida institucional de la Nación. El intervencionismo o golpismo deviene entonces, cultura política y un fenómeno genuinamente latinoamericano. Sergio Vilar lo denomina *estado de dictadura militar larvada* y Saúl Sosnowski, *reiterada caducidad de las estructuras gubernamentales vigentes*.

⁴⁸ Una muestra de esta dependencia lo constituye el hecho siguiente: los estudios técnicos para la fundación del futuro Banco Central de la República Argentina fueron encargados a un experto británico. Eso demuestra hasta qué punto la economía argentina era una subsidiaria de la británica. Cf. Potash, pp. 79-88.

⁴⁹ César Fernández Moreno citado por Avellaneda, Andrés: *El habla de la ideología*, Bs. As., Edit. Sudamérica, 1983, p. 34.

⁵⁰ Muchos opositores fueron deportados y otros encarcelados. En algunos casos se recurría a la intervención de la policía para intimidar y doblegar a los más tenaces.

⁵¹ Poulantzas, N.: *op. cit.*, p. 322.

⁵² Goldwert, pp. 45-47.

2. *El contexto cultural*

La producción cultural también se ve afectada por la conformación de la sociedad aluvial. La creación literaria deja de ser el coto privado de una minoría (los gentlemen-escritores) para *democratizarse*. Nace entonces el obrero de la cultura, es decir, el escritor profesional procedente de las clases medias en general, comprometido con su medio y que vive de lo que publica. Y esto, hasta cierto punto, le mediatiza⁵³.

En Argentina, la experiencia traumática de 1930 no se refleja del todo en la producción cultural. En esa realidad poseída por la fuerza y por lo tanto dislocada, el proyecto nacionalista-fascistizante se dedicó a redefinir las pautas culturales, es decir, los nuevos modos de producción cultural. Para ello, contaban con la minoría intelectual aristo-fascista que era la encargada de crear el nuevo discurso hegemónico y de llevar a cabo su gestión. Tenían que desarrollar un discurso ideológico en un espacio cultural que antes fue suyo y en el que ahora se encontraban marginados a consecuencia de la participación de las masas. Su propósito no era participar con su discurso en el espacio cultural ya existente, sino apropiarse de él e imponer su hegemonía. En este sentido, Juan Carlos Portantiero, partiendo de Gramsci, define el concepto de Hegemonía Cultural como:

«La constelación de prácticas políticas y culturales desplegadas por una clase fundamental a través de la cual se logra articular bajo su dirección a otros grupos sociales mediante la construcción de una voluntad colectiva sacrificándolos parcialmente, traduce sus intereses corporativos en universales»⁵⁴.

Antes de 1930, ese discurso que aspiraba a salir de la marginalidad y a dominar la realidad, se hizo proselitista e involucionista; luego, al recuperar la hegemonía social se volvió apologetico. Los intelectuales adictos al gobierno provisional fueron invadiendo todos los lugares claves de irradiación cultural, tales como las cátedras universitarias, el periodismo, las editoriales, los centros culturales, los círculos militares, la radio y las instituciones del Estado⁵⁵. A partir de esta plataforma, intentaron construir una infraestructura canalizadora y diseminadora del nuevo lenguaje. Dentro de esta dinámica, salen a la calle una serie de publicaciones con títulos muy significativos como *La Voz Nacional*; *La Nueva República*; *El Pampero*; *Cabildo*; *Reconquista*; *Criterio*; *Sol y Luna*; *La Fronda*; *Bandera Argentina*; *Baluartes*; *Nuevo Orden*; *Crisol y Crítica*⁵⁶. Desde estos focos de divulgación, hombres de letras e intelectuales como Leopoldo Lugones «(...) el gran poeta y la voz más alta de la República a la sazón»; el escritor y profesor universitario Juan P. Ra-

⁵³ Estos creadores están, como dice Cortázar, en «situación de ruptura» con respecto a su clase. Al tiempo que aprovechan las ventajas culturales que les reporta pertenecer a la clase media, se vuelven en contra del sistema que los integrantes de dicha clase han contribuido a levantar y a consolidar.

⁵⁴ Juan Carlos Portantiero citado por Mabel Moraña: «*Autoritarismo y discurso lírico en el Uruguay*», in: H. Vidal: *op. cit.*, p. 408.

⁵⁵ Rosa, pp. 90-93.

⁵⁶ Ciria, Alberto: *Partidos y poder político en la Argentina moderna (1930-1946)*, Bs. As., Edics. La Flor, 1975, p. 201.

mos; los hermanos periodistas Julio y Rodolfo Irazusta; el historiador Alfredo Palacio; el escritor Manuel Gálvez; el intelectual Ramón Doll; los profesores universitarios e historiadores Juan E. Carulla y Carlos Ibarguren intentan impulsar una expresión cultural nacionalista-fascistizante.

A falta de una realidad objetiva que describir, el discurso que se quería hegemónico busca apoyo en la reinterpretación laudatoria del pasado inmediato. La apropiación de la Historia Nacional y su revisión tienen como objetivo la conformación de una visión única y aristocrática de un pasado en el que ellos, como clase, ocupaban un lugar central. En este sentido, se rehabilita la figura del dictador Juan Manuel de Rosas; se justifica la existencia de los grupos para-militares cuyos antecedentes se buscan en las milicias de patricios; en la Revolución de Mayo; en los Tercios Cívicos y en la Guardia Nacional⁵⁷. El recurso al pasado sirve para justificar, y en su caso, explicar el presente sin tener en cuenta que las sociedades como entidades dinámicas que son, evolucionan. Y eso estuvo en parte, en la base de su fracaso. A este respecto Hernández Arregui observa:

«(...) el nacionalismo se apoyó en la historia pasada pero se anquilosó en la historia presente. El presente como retorno a lo viejo, le cerró a la filosofía conservadora del nacionalismo el entronque con un porvenir que se despliega ante un mundo estremecido por la revolución»⁵⁸.

El discurso nacionalista es anti-democrático y anti-liberal a la vez. El liberalismo, al ser igualitario y favorecer la diversidad, pasa a ser a sus ojos la causa de todos los males que azotan a la Argentina. El liberalismo al propiciar la participación efectiva de las masas migratorias a las nuevas condiciones económicas, políticas y sociales contribuyó al desplazamiento de la minoría dirigente del centro a la periferia. Y para los aristo-fascistas, las masas eran ignorantes y por lo tanto, bárbaras. Vuelve a reaparecer la dicotomía sarmentiana de civilización-barbarie. El nuevo lenguaje intenta en suma, recivilizar la Argentina y salvarla de la barbarie. Argentina es desde entonces, el problema central en la producción de estos autores, marcada por la reflexión sobre lo nacional. Por eso, son tan significativos los títulos (no novelescos) que salen a la luz: Leopoldo Lugones publica *La Grande Argentina* (1930) y *La Patria Fuerte* (1930), una recopilación de artículos publicados en periódicos y revistas de la época⁵⁹; Carlos Ibarguren, *De Nuestra Tierra* (1929) y *La inquietud de esta hora* (1934); Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico General Quiroga* (1932). Es un discurso eminentemente histórico y explicativo que se manifiesta bajo la forma de ensayo. Esta modalidad de producción cultural se convierte, entonces, en el vehículo privilegiado de ese discurso impuesto desde arriba. Muchos de los textos giran en torno a propuestas de proyectos de sociedad de carácter ultranacionalista y casi siempre utópicos como es el caso de *La Grande Argentina* de Lugones⁶⁰.

⁵⁷ Rosa, p. 265.

⁵⁸ Hernández Arregui citado por Ciria, A.: *op. cit.*, p. 204.

⁵⁹ Publica artículos y ensayos en revistas o periódicos tan influyentes como *LA NACION* o *LA REVISTA MILITAR* por citar algunos.

⁶⁰ Manuel Gálvez, por ejemplo, publica novelas históricas como *El Gaucho de los cerillos* y *El General Quiroga*, entre otros títulos.

Horacio Quiroga (1878-1937), es un escritor ya consagrado cuando ocurren los acontecimientos traumáticos de 1930. Procede también de las clases medias como la mayoría de los creadores de su generación. Quien busque en él o en su obra al escritor comprometido en el sentido que le da cierta crítica, no lo va a encontrar. Pero se interesó por los problemas de su tiempo que condenó o denunció a su manera, cuando hacía falta⁶¹.

Quiroga, a diferencia de los creadores de su época se autoexilia y se refugia en las profundidades selváticas de Misiones. Pese a ese aislamiento voluntario, estuvo muy sensible a todo lo que sucedía no sólo en la Argentina, sino en el Río de la Plata y en el mundo en general. Poco después de la Primera Guerra Mundial, publica *La Patria* (1920) y *El león* (1924) dos cuentos alegóricos en los que se eleva contra el nacionalismo considerado por él como uno de los factores que desencadenaron dicha guerra. Frente a los que como L. Lugones preconizan:

«Tenemos que exaltar el amor de la patria hasta el misticismo, y su respeto hasta la veneración»⁶².

Quiroga, en el cuento *La Patria*, dirigiéndose a los animales que habían creado una patria dice:

«Eran libres, y dejaron de serlo. La patria de ustedes no es este pedazo de monte ni esta orilla del río; es la selva entera. Así como la patria de los hombres...[es el mundo]». (El desierto., p. 120);

y luego a su hijo:

«La patria, hijo mío, es el conjunto de nuestros amores (...). La patria es un amor y no una obligación. El valor de tu patria radica en tu propio valer. Un pedazo de tierra no tiene más valor que el del hombre que lo pisa en ese momento». (El desierto., p. 122)

Quiroga se eleva contra la intolerancia de los que utilizan a la patria para exaltar el nacionalismo extremista y, de paso, condena los primeros brotes del nacionalismo en el Río de la Plata.

Cuando Argentina atraviesa la fase más aguda de la crisis de hegemonía social que desemboca en el golpe de 1930, Quiroga publica dos relatos que interpretan parcialmente esta realidad en crisis. En *Los desterrados* (1925) y *Los precursores* (1929), además de la lucha de clases que subyace el discurso, Quiroga hace una referencia implícita al fracaso del sindicalismo en erigirse en una instancia mediadora de diálogo social entre ciertos núcleos de la sociedad civil, el Estado y el gran capital. Este fracaso está estrechamente unido a la incapacidad de los llamados partidos populares (socialistas, comunistas e incluso radicales), para constituirse en una alternativa viable de poder. Estas narraciones reflejan también el fracaso de un proyecto de sociedad: el liberalismo.

⁶¹ Horacio Quiroga estuvo muy unido a Leopoldo Lugones al que consideraba como su maestro. Por otra parte, señalemos la gran amistad que unía a Quiroga con E. Martínez Estrada, así lo testimonia la abundante correspondencia epistolar que mantuvieron.

⁶² Leopoldo Lugones, conferencia pronunciada el 6 de Julio de 1923 en el Coliseo de Buenos Aires. El extremismo político de Lugones le llevó incluso a aceptar redactar la proclama de la revolución de Septiembre de 1930.

Durante la etapa del gobierno provisional, Quiroga que sigue en Misiones «...ha enmudecido para los lectores aunque no para los amigos», en palabras de Emir Rodríguez Monegal. Periodo de silencio en cuanto a producción literaria pero muy prolífico si nos remitimos a su correspondencia epistolar⁶³. Pese a su aislamiento y a su situación económica apremiante además de sus problemas familiares (abandonado por su mujer e hija), Quiroga siguió muy de cerca y participó en algunos casos, en el debate ideológico que marcó la Década infame coincidiendo con el auge del fascismo tanto dentro como fuera de Argentina. Así en una carta con fecha del 20 de octubre de 1934 dirigida a José María Fernández Saldaña, se refiere a las,

«...inquietudes políticas del momento» (p. 153; t. II).

En otra carta a Julio E. Payró del 25 de Agosto de 1935, le hace partícipe de su preocupación por la evolución de la situación sociopolítica en Europa:

«Y como las coincidencias son fatales cuando los causantes se hallan en el mismo plano, tanto como Vd. me sorprendía yo del triunfo (ahora sabemos que más aparente que real) de Hitler. La elección última abre mucho margen y, como opina el otro pasará un rato antes que los nazis recurran al plebiscito. Et pour cause» (p. 59; t. I).

Encontramos la misma actitud en la del 2 de Noviembre de 1935 dirigida al mismo:

«Me imagino lo atareado que andará Vd. con la situación europea. Quiera el infierno llevar consigo al fantasmón de Mussolini, que nos ha atrasado el progreso humano varios siglos. Amén» (p. 69; t. II).

En la del 4 de Abril de 1936, su preocupación crece:

«Aquí, con la radio, sigo este lamentable asunto europeo. Fea y triste cosa amigo. El hombre es un lobo, créalo; un viejo y cobarde lobo, que es lo peor» (p. 73; t.II).

Finalmente el 5 de junio de 1936 Quiroga considera que Europa, como centro de la civilización occidental, ha traicionado al mundo al embarcarse en disputas nacionalistas. De allí su rechazo y desilusión:

«Calculo el trabajo que tendrá Vd. con Europa y su desvarío cada vez más criminal. Que bancarrota, compañero! Aún queda mucho monte, por suerte» (p. 74; t. II).

Al adoptar esta actitud frente a los acontecimientos que sucedían en Europa, Quiroga aclara su postura en el debate que tenía lugar con respecto a dichos eventos. De paso, condena las veleidades antidemocráticas que dicha situación despertaba en algunos sectores de la sociedad argentina y sobre todo entre los miembros de las FF.AA. La carta dirigida a Ezequiel Martínez Estrada con fecha 19 de Agosto de 1936 es muy explícita a este respecto:

«España.— Me interesa muchísimo. Por encima de las mezquindades y sangrientas rebuscas de privilegios que incuban en todo aquello, hay

⁶³ Para las citas epistolares, sólo indicaremos la página y el tomo.

— Quiroga, H.: *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*, Montevideo, I.N.I.A.L., 1959, 2 vols.

algo innegable que me arrastra. Y ello es que de un lado está la buena causa, y del otro, la mala. Cuando las papas queman, un liberal es un compañero. No quiero nada de militares, mi gran fobia, y tampoco de curas» (p. 134; t.I).

Quiroga condena sin paliativos cualquier clase de intervención militar en la sociedad civil. Por otra parte, esta toma de postura no contempla únicamente el momento histórico que se vivía sino cualquier clase de alienación de la legalidad constitucional incluida la revolución de 1930.

Si bien entre 1930 y 1932 H. Quiroga no publica ninguna obra de ficción, su postura está muy clara frente a aquellas circunstancias. En 1930 publica *Ante el tribunal*, un ensayo sobre la teoría del cuento. Pero además de ser un breviarío crítico, le subyace también un mensaje: la misión del trabajador de la cultura frente a los desafíos de las exigencias socio-históricas:

«Yo sostuve la necesidad en arte de volver a la vida cada vez que transitoriamente aquél pierde su concepto; toda vez que sobre la finísima urdimbre de la emoción se han edificado aplastantes teorías. Traté finalmente de probar que así como la vida no es juego cuando se tiene conciencia de ella, tampoco lo es la expresión artística»⁶⁴.

La sensibilidad y el compromiso de Quiroga con su tiempo y su sociedad le llevaron a distanciarse de su maestro, amigo y «padre adoptivo» Leopoldo Lugones, por la trayectoria y protagonismo de éste en los acontecimientos de 1930. Desde entonces, Quiroga sólo le «respeta». Por lo tanto, el compromiso de Quiroga que se sitúa más allá de la actitud puramente intelectual, cobra un valor a la vez ético y cívico. Y eso es lo que ha guiado cada paso que ha dado desde que decidiera radicarse en la selva allá por 1910.

A la vista de lo que precede, no se puede afirmar que existiera una correlación entre la génesis e implantación del autoritarismo y las formas de producción cultural (alternativa u oficial) durante la época del gobierno provisional. Hay en el período que nos ocupa, una actitud de silencio deliberado o de omisión por parte de los creadores por aprehender el universo traumatizado desde el punto de vista ficticio. En la mayoría de las obras de ficción publicadas entre 1930 y 1932, no se detecta una relación homológica con la realidad socio-histórica durante el período del trauma, por lo menos en la creación de los autores citados. Sólo algunos años después, bajo la dictadura peronista es cuando empiezan a manifestarse en los textos de autores como Enrique Anderson-Imbert, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar por citar algunos, (jóvenes escritores en la época que nos interesa), mensajes referentes a aquel contexto histórico. En este caso, se trata de un discurso que interpreta el pasado inmediato como una forma de réplica cultural y de denuncia del universo durante el peronismo y más tarde, de lo que se llamó el Proceso.

Tampoco hay en la época que nos interesa (salvo raras excepciones), una producción literaria nacionalista. Si bien los integrantes de este grupo no cejaron en su empeño en implantar una visión única de la nueva realidad, no la recrearon simbólicamente en obras de ficción. Prefirieron los artículos

⁶⁴ Quiroga, H.: «Ante el tribunal», in: *Sobre literatura*, Montevideo, ARCA (s.f.), p. 137.

de divulgación o el ensayo para conformar el cuerpo teórico sobre el que apoyar el discurso único.

En definitiva, no cabe duda que el golpe de 1930 inaugura un ciclo histórico marcado por la inestabilidad socio-política, económica y la militarización de las estructuras del estado. Hoy en día, con la mirada puesta en la historia reciente de Argentina, no se puede decir con certeza que ese ciclo haya concluido. Y por último, citemos largamente al periodista argentino Jacobo Timmerman detenido, encarcelado y torturado durante el Proceso:

«Argentina es un individuo perdido en la noche, que busca desesperadamente encontrarse, no sabe qué hay alrededor y da puñetazos en todas las direcciones. Pero no es una, son dos las que se están golpeando, y entonces estallan situaciones absurdas, del que pega contra la pared, del que se golpea la cabeza creyendo que está atacando al enemigo, de los que se pegan entre ellos. Y ha desaparecido, no existe en este momento una fuerza central capaz de ordenar y organizar estos elementos desparramados, que son como una psicosis dispersa. El episodio Alfonsín es el primer intento, en muchos años, desde el 30, probablemente, de organizar la sociedad argentina.

Pero en el momento en que el fascismo hace su aparición en Italia, una cantidad de elementos corporativos, fascistas, se integran al Ejército argentino, y luego, con Perón, en el 43, se integran a la política y sociedad. El choque de estas dos culturas la europea, burguesa, capitalista, y la fascista-populista, sigue hasta hoy en día. En Italia hubo un final del fascismo, lo hubo en España, lo hubo en Alemania. Aquí no. Y sigue el choque de las dos sociedades, con una violencia cada vez más grande, porque la pérdida de identidad o la confusión en la identidad siempre crea un estado de neurosis muy fuerte»⁶⁵.

⁶⁵ J. Timmerman citado por Maruja Torres: «Argentina. Que cinco años no es nada», en: *El País Semanal*, Madrid, núm. 623, pp. 34-35.